

Poesía cubana de hoy

Un corazón con varias orillas

Una es la poesía: la buena. Lo demás, no es nada. Uno también es el sentimiento compartido, cualquiera sea la latitud donde se manifieste. La experiencia histórica de las tres últimas décadas en Cuba ha formado actitudes disímiles, pero que tienen en común ese acontecimiento intangible que es la cubanidad, expresión de una forma de asumir la realidad cambiante y engañosa que se traduce en cada poeta con especificidad propia.

Sobre estos principios apuntados se agrupan en este número de la revista Universidad de México un conjunto diverso, contrastante y al mismo tiempo complementario. No es una antología y tampoco una selección. El "azar recurrente" acumuló los poemas en la mesa de trabajo, por vías diversas, como los caminos de la vida, como las trayectorias personales de cada uno de los autores. "Arca de Noé" poética quisiera llamarla no sólo por su heterogéneo carácter sino por su condición postdiluvial: autores que cuentan no más de cuarenta años están dentro del huracán cubano, en su mismo ojo terrible y cómplice.

La casualidad o el destino posibilitó este bloque poético, con tantas aristas (muchas punzantes) como autores. No fue un propósito, sino un afortunado resultado que de los poetas, mujeres y hombres aparezcan repartidos por igual. De todo hay en el conjunto no sólo por la diversidad reunida, sino por la multiplicidad de lecturas de ese ser ideal que todos convenimos llamar "el atento lector".

La lectura de los poemas mostrará el rico inventario de temas y estilos, unidos con la idea de cubanidad, en el entorno, en la expresión y hasta en su misma negación. No importa que se encuentren en La Habana, México, Madrid, Nueva York, Miami o Buenos Aires, porque todos están en Cuba, dentro de esa terrible condición de vivir y dónde se vive. Porque también pienso que la cubanidad tiene su fundamento no en supuestos ideológicos, sino más reales: gástricos. Porque la prueba definitiva de pertenencia—desde Alaska hasta la Tierra del Fuego—es la sensación ante un congrí con plátanos chatinos y puerco asado y como colofón suntuoso el postre que define, fija y consagra: la pasta de guayaba con queso; lo dulce con lo salado; la caña de azúcar con el mar; el contraste complementario ("la unidad y lucha de contrarios" se decía ahora parece que hace siglos) en el cual se teje la trampa tendida de la tela aérea.

El poeta siempre es una isla: imaginen cuando viene de ella y con ella va por el mundo. Porque la insularidad es el rasgo de lo diferenciado y particular. Puede estar el poeta en condición mediterránea y sin embargo, sigue siendo isla, con el universo como estupendo espectáculo. Son también los poetas fuerzas embebidas



Luis Rogelio Noguerras

dentro de otras: expresan lo interno y por eso la terrible propensión a la llaga, la úlcera permanente de ver el mundo y de estar irremediablemente dentro. Eso es lo mejor y más hermoso de ello.

Y como cosecha de golpes digeridos, ahí están los poemas: suele suceder—se verá en la lectura—que los que tienen la palmera delante cantan otros paisajes y los que carecen del airoso símbolo tienen en él su manera de encuentro y afirmación; otros ya han pasado por delante de lo anecdótico y otros más que ya habían adelantado, vuelven. Como muestra de ese viaje que es, por dentro y por fuera, la vida.

Sobre el montón de papeles saltó, "azar recurrente", mediador de nuevo, una foto, como buscando un lugar que le correspondía desde antes. Es la imagen de un poeta que se fue ya, pero avisando antes muchos de los caminos que ahora se ven—quizá no asfaltados aún, por fortuna, pero ya trazados—en estas páginas. Luis Rogelio Noguerras, "Cabeza de zanahoria", "Wichy el rojo" y mejor, sólo "Wichy" es, por su decisión desde algún metamundo, quien acoge estas páginas, siempre joven, todo brillo y sustancia y que son porque así lo quiso, su mejor homenaje. En Coppelia o en la Place Vendôme anda él, inspector del mundo, con el gesto cómplice de quien ya lo sabe todo y sigue presente. Por eso no pongo a su nombre "in memoriam": siempre está.

Lector: aquí está con prisas e improvisado un corazón; compuesto de disímiles tejidos, ahuecado por cavernas diferentes, impulsado por movimientos opuestos. Como corazón debe estar acostumbrado al maltrato, no te preocupes. Infártalo, quíbralo, cómelo si quieres, pero recuerda que es eso, un corazón, y con muchas orillas: ojalá llegue a tu playa. ◇

Retrato del infante Don Carlos hecho por Velázquez, el historiador

Para Lourdes y Tomás, que son la misma *pessoa*

Todo es pueril e indigno de memoria en este príncipe.
Menéndez y Pelayo

I

Miento –dirán– si digo que fui rey
durante el reinado de los Habsburgo en España.

Y no porque no lo haya sido
sino porque la Historia mintió para no recordarme.

Prefirió inscribirme junto a otros patriarcas
en oscuros ministerios de pública salubridad.

Yo que gustaba de repetirme mis nombres –Álvaro,
Ricardo, Alberto, Tomás– frente a sucesivos espejos,

Vine a quedar reducido
a una ajustada santidad de conflictos y prejuicios sociales.

Yo que lidereé siglos dorados, cumbres de ensoñación
y filosofía, terminé tristemente asociado

A cuchillas y plazas atestadas de informantes
incapaces de sumar y soñar.

Yo que imantaba el saber,
acabé destruyéndolo con mis manos ajenas.

Yo que fui lo que ya no soy en vuestras memorias,
soy y seré para siempre lo que nunca fui: Saint–

Just, jacobino y francés, ¡yo, un auténtico
monarca de la casa de Austria!

Todo porque un escriba decidió ajustarme a sus
infamias
interiores para haceros olvidar mis nombres repetidos
mágicamente por todos los Cristos dorados:

Con la pluma fue desgarrándoles sus azogues,
tachándoles
las sombras y los ecos, apagando sus remanecientes
murmuraciones,
hasta lograr reducirme al indiferente grupo de signos

Arbitrarios e injustos que hoy soy, yo que fui rey y fui
príncipe
durante la época de los Habsburgo en España.

II

En carta aparte pretendió aquel falsario sobornar mi
vanidad
al recordarme lo diversas que suelen ser las formas de la
recordación
entre los hombres, y que en un siglo o en otro
–guillotina o mecenas– ya no seré nunca olvidado.

¡Que podrías haberme filmado entre la chusma
carnicera
que irrumpió en la Bastilla con el cuchillo de degollar en
la mano!

Que en cambio, la cuchilla (como el gas, siglo y medio
más tarde)
me garantizaría un sitio exclusivo en la Historia, muy
alejado
del oscuro sótano de lo Desconocido y su tímida llama
común;
a mí que inspiraba obra excelsas y pensamientos
superiores,
a mí que gustaba de borrar me para inscribirme en
inmortales azogues.

Y reclamas, además, con insolencia, mi agradecimiento
por haberme inscrito para siempre en la Historia
mayúscula;
a mí, un Austria de destino previamente rodado,
a mí, cristiano viejo, ser condenado a trono, mujer,
descendencia y política Historizables,

Yo que supe escapar de esos trazos prescritos
al alojar en mi corte al mísero bohemio de *blue-jeans*
que sin embargo escribía con rara rima no usada,
al trovador de Nueva Voz no acostumbrada, al sucesivo
pintor
del Cristo de bordes unamunianos.

¡Que debía agradecerte el ver mi nombre grabado
en esa ciénaga o lodazal –digo yo que no miento– que es
la Historia universal de nuestro continente o *pen-*
ínsula tan distinta en el Cosmos!

Yo que no fui el Cervantes del Quijote de Alonso
ni llegué a ser las Meninas *par (jamais n'abolira le)*
hasard-
osa traición de un espejo olvidado,

Yo que no tuve la riqueza suficiente para concebir una
eterna melodía,
que no fui sino un mísero rey de los Austria cuando

España era España,
y ahora soy Saint-Just en los textos de Historia y en la
inmortal
pero olvidadiza memoria de los hombres,
ME PREGUNTO

Qué diferentes destinos pude haber perseguido
en aquel turbulento París de finales de siglo:

¿Acaso viví de cantar en las plazas llenas de informantes
los altos motivos de la Revolución?

¿Acaso fui yo quien transcribió con estilo original la
defensa
final de Danton ante el histórico tribunal que años más
tarde lo absolvería?

¿Acaso no pudo haber trazado mi mano esta masculina
figura que cabalga
victoriosa sobre los héroes caídos en campaña llevando
una bandera
que a veces imagino con franjas blanquiazules y un
triángulo masón?

¿Acaso...?

¿Por qué no?

...

III

Me consuela pensar que esos diversos destinos
puedan ser o hayan sido probables,
y que sólo me basta anotarlos aquí
para impedir que se hagan improbables.

Querría ahora disfrutarlos uno por uno
—inclusive el del infame Saint-Just.
Siento, sin embargo, especial predilección
por aquellos que nunca llegué a concebir
durante mi largo mecenazgo en España:
dos o tres destinitos que hoy me parecen
más tentadores que un Tirso
y que cualquier *curador*
de su honra lopista.

En próxima ocasión, por obligación o conveniencia,
tal vez escriba con más detenimiento, describa
quien verdaderamente fui (te desescriba, Rainer Werner

Falsch—

Binder): me adelante a mi escriba.

O quizás sea mejor apresurarme (que acechan
por todas partes los cineastas y los falsarios)
y prontamente me inscriba en la mejor Posibilidad: la del
Divino
Marqués, el Hechizado:

INSCRIPCIÓN

Yo que fui rey sin aver sido el Cervante
s del Quixote de Alonso, nunca pude ser
Saint-Just como dice la Historia, porqu'
en verdaderamente fui el Marqués i tenía
muy ocupado mi tiempo en extenuantes "jo
rnadas" qu'en su momento describí puntua
lmente, para modelo i enxiemplo de mis a
mantísimos conciudadanos i para impedir
sobretudo que ningún escrivano o sinasta
anterior u posterior las envileciera o e
nvilesca.

Firmando en París,
SADE

IV

Como no soy rencoroso, he querido responder la carta
de mi falsario (*Cuando esperaba oír nuevas de tus descuidos
e impertinencias* en la indistinta ínsula...) con ésta que, si
bien te desmiente, a la vez te agradece infinitamente tu
imprescindible intromisión en mi historia.

Corregiste sin querer el azar de un olvidado espejo.
Gracias a ti soy verdaderamente feliz. Soy: terminé mis
errancias.

*Guarde Dios, pues, a vuesa Excelencia, como príncipe tan
inclinado a favorecer las buenas artes* de nosotros tus
súbditos, y sepa que quien aquí firma al pie será —aunque
nunca lo haya sido o tal vez si—

siempre,

tu

SAINT-JUST
Criado de la Revolución

VALE

Escrito en Ostia, cerca de la Nouvelle Orléans, entre el
treinta de octubre de 1985 y el dos de noviembre
de 1975.

cc. Belázquez (Restaurador de *Las Meninas*)
P.P. Pasolini (alias Saló)
J.J. Varquet (Alias) ◇



Encarnación de Armas

Este cuerpo

Este cuerpo de piel doblemente blanca
y formas como de antigua escultura,
es de nieve y de brasa.

Este cuerpo de muñeca impulsiva
tiene algo de diosa y de mujer
y mucho de niña.

Este cuerpo siempre insatisfecho,
cabe lo mismo en alcoba profana
que en sagrado templo.

Este cuerpo de pan y de arrecife,
a veces me estorba como si fuera
una carga inservible.

Este cuerpo de lodo y de cristal
que darse no quiere,
se está muriendo porque no se da. ◇

Carmen Behmaras

¿Qué pensará
ese hombre
que mira
hacia sus pies
mientras se aleja
por el rabillo del ojo.
Qué influye en estos desencuentros
ajenos cada uno
en su universo.
Qué será de estas calles
repletas de anónimos
amigos
del tamaño de un paso
con el ir
y venir
de este
siglo apurado?

Resuelvo levantarme,
asumir, recordar...
resuelvo con un beso
liberar cada culpa
aún después del frío.
Después de la derrota,
resuelvo levantarme,
amor, y sostenerme. ◇

María Liliana Celorio

Romance de un ojo apagado

Juro que nos parecemos
blasfemas con labios estropajosos
y la cortante herida del amor
cuelga de tus ojos
somos los desmemoriados
renegamos la poesía mientras dices mierda puaff
la gente nos mira
nos ponen cartelitos
nos palpan la cara
la tinta cae sobre mi tobillo
y embadurno el papel en la taza de café
somos los locos están jodidos
nos fumamos las cornisas los gorriones
nos hacemos los enfermos para morirnos de risa
escondidos del frío los insecticidas
vayámonos ahora
el fantasma se orina en la memoria de los niños que fuimos
esa vieja escarba sus dientes en la pata coja de un pirata
las abejas chupan las cuencas ministeriales de los días
somos los locos
juro que nos parecemos
caperucita seduce al lobo de su cuento
no tengo nada que ofrecer
mi poema de amor
mi camisa de fuerza
reímos enseñamos las orejas
de una patada el bombillo quebró la tranquilidad del mundo
corre
esos hombres nos buscan
escondámonos en el closet donde están los ratones
el sortilegio puede ser mortal en este juego
nos quieren envenenar con pastillas azules
los elefantes entran por la ventana
van hacia allá
donde nos hace guiños la cordura
pero somos los locos
de nada sirve el pato donald
la luz acusadora de un dedo. ◇



Rafael Bordas

Acrobacia del abandono

Arrojado al silencio
 como un ente que nadie reconoce
 como una gota incógnita y escurridiza
casi en el borde del ocio
 sumido en la hipnosis del idiota
sin hospicio ni hora
 rotulado por una incorpórea vergüenza
al aire libre y solo
 como un loco o un santo
 sentado en la arisca piel del orgullo
denso de pensar en la ausencia
 de arruinar con estremecimientos la mente
 destilando la enjundia
 el álgebra que subyace en los sueños
asido al hallazgo de la memoria
 a la incidencia
 al vocablo que vincula
 buscando en la periferia un gancho
alguna luz que se derrame
 alguna longitud que persevere
al margen de la amnesia
 con la cabeza henchida de ocasos y equipajes
sentado como esos dioses
 que no saben quiénes fueron
 mirando a los niños guiando bicicletas
-marciales y equilibristas-
 rellenos de velocidades y filamentos

Y desde esa arista observo lo figurativo
 lo inalterable
 el ojo ajeno
 un trazo luctuoso de perspectiva
-empñonzoñando la dicha-
 absoluto en el éter
 anegando la transparencia del parque
la cualidad perenne del abismo

Empero las aves que trascienden en el vuelo
olvidan con su instinto cabal
 los anuncios que no entienden
la herejía que borbolla
 en el hacinamiento y el llanto
la perspectiva de cansancio
y divulgan su canto esencial
 -incurable y olímpico-
su melodía de aire
 en la acrobacia sin fin
de mi espíritu.

La doble hélice

Alguna vez soñó con el trino de los Reyes Magos:
redactó una carta pidiéndoles una bicicleta.
(Nada más justo para un niño anhelante
desprovisto de padre y oxígeno
evadirse del asma en un par de ruedas.)
Los Magos (confusos) le dejaban en la sala
los juguetes que él nunca les había pedido:
un trompo encarecidamente rojo, aovado,
con una dilatada pita pronto a contenerlo;
un saquito de nylon con bolas de cristales a colores
cuyo uso era el encontronazo con otras bolas,
muchas de las cuales huían por los albañales;
un juego de Damas Chinas que con el devenir
se transformó en una incisiva pugna,
y un par de colts fumíferos a lo Roy Rogers
que sólo interrumpían su degollina de fantasmas,
a la hora que los adultos del orbe
siempre se empeñan en hacer el sexo.
(Desde entonces mezcla su abandono con la disidencia.) ◇



Emilio García Montiel

Los golpes

Hace ya mucho tiempo -ahora es muy difícil precisarlo-
yo descubría el mundo bajo el mismo cristal usado y
 /transparente con que se ve la gloria.
Nada pretendía y nada sucedió que no estuviera definido
 /entre el bien o el mal.
Yo imitaba a los héroes con la vieja confianza que da la
 /mansedumbre, con su oscura prudencia.
No conocía aún la insensatez de las muchachas:
si alguna noche imaginé o entendía algo, fue apenas un
 rubor.
Yo tenía un pupitre, una voz agradable, una ciudad
 dispuesta.
Los maestros tocaban mis espaldas y decían: muy bien.
Todo era hermoso: desde el primer ministro hasta la
 /muerte de mi padre.
Y perfecto, como debían ser los hombres y la Patria.
Pero eso fue hace tiempo -hace ya mucho tiempo- y ahora
 /me es difícil precisarlo. ◇

El prójimo es quien apunta desde el espejo

¿Desídesme juguetes? ¿fabládesme en cordura?
Arcipreste de Hita.

Claro nombre de los caminos
los pájaros aprenden su lengua misteriosa.
El nuevo desierto serán los corredores de humo
y llorar sobre sí mismo por el asfalto.
¿Quién pondrá su edad a la medida de su obra
la vida en los ríos de la piel?
María del Lago Oriental
¿me permite su fruta, su peine, su sed?
La espiga desdentada no pudiera cincelar dos pares
de muslos tibios
la piedra del musgo no dará un lecho:
Si de esa altura no te tumba el amor
arrópate en su rama quebradiza
y quedarán las huellas de los aguaceros y los días.

Tengo un lenguaje pendiente con la nieve
la palmada en el pez...
Hoy salí a la calle y me pareció conocer a todo el mundo
en algún sitio esos ojos, esos mismos labios,
rostros que llevo a dos brazas de la verdad.
Son signos de idiomas macerados tras los ojos.
Una escuela en el azul de los años,
cerrados los jardines, las ventanas,
pero los sábados era amplia, un palacio
para extraviar el amor. Extraño el alma de la hierba
en verano,
el sol en las arboledas, el primer rostro lluvioso de mayo.
Estoy frente a su retrato, pronto bajará a servir la mesa
no me dejará tan solo tejiéndome a mí mismo
escribiendo a la luna.
De mimbre también son los látigos.

Perro y veranda
¿qué nueva mentira se le dice ahora a los niños?
¿para que descubran qué?
El perro no será un sueño tardo
abandonado en cualquier pasillo ajeno de hotel:
Nos cruzamos caminando
Buenos días, estrenado a la fuerza total
A nadie enlazan estos días
con diversa velocidad en cada rostro total
Pudiera musitar Auxilio
el coño de su madre
buenos días

Ajeno pasillo de hotel estas calles.
Nadie tendrá éxito en su condición anterior,
se agrietará hasta el techo del mundo.
Al fin mi mortaja ha de ser la piel de un caballo.

Vivo y soy
un provinciano, sin sacerdotes sinuosos,
¿qué nuevo cuento me traman para que lo escriba?
Soy un rostro común, una espalda.
No haré mi consigna con los naufragios de la infancia
ni banderas vacías delante de ti
Hombre igual que yo:
vengo para escucharte.

Dime mis costumbres enseñoreadas, la hamaca que no
habité, la misión.
Soy el que ven los demás. Acaso no me encuentre en
el espejo,
y te vea a ti, aunque no siempre resulta. Mucho nos
ocupa la barba.
O simplemente, me interpongo entre tú y yo.
Pocas veces me veo
vida espejo. ◇



El último salto del poeta

(paráfrasis)
A Luis Rogelio,
alias Wichy

Los sueños del poeta
no son aún los sueños del poeta:
son sólo ancestros, delirios, fogatas
ardiendo en su cosmos íntimo y universal.

Los versos del poeta
no son aún los versos del poeta:
son apenas atisbos, imágenes, borrones
en la terrible (¿o temible?) página en blanco.

La muerte del poeta
no es aún la muerte del poeta:
es quizás presagio, premonición, preámbulo
cegando (¿o segando?) al poeta y su loca imaginación.

La desaparición del poeta
no es aún la desaparición del poeta:
es tal vez un asomo de alegría o nostalgia
arrellanándose (según) triunfante o melancólico
entre quienes lo envidiaron (sólo calladamente)
y quienes lo admiraron (sólo públicamente).

La permanencia del poeta
no es aún la permanencia del poeta:
Sin señuelos, pistas ni huellas

es acaso su terrenalidad cálida
o la agreste fijeza de su andar
entre quienes no lo vieron partir
(no dejó señuelos, pistas ni huellas)
tras saltar al vacío, a la noche, a la nada.

Por

El amor no es todo
pero casi.

¿Y la ternura,
y ese mirar entre sombras?
¿Y tu voz
rescatándome de la noche
y sus escombros de leyenda?

Como un insólito sueño
al filo de los años 90,
pulsamos este tiempo auroral
que no sabemos si será mañana,
pero ahora es y existe intensa,
fieramente.

Como raídas banderas

Algo se nos ha roto allá dentro.
¿Qué no funciona entre la
(urdimbre)
del pecho y sus caminos?
Queda acaso la ilusión,
esa vieja dama que dormita
y, a ratos, sonríe melancólica.
Aún cruzan los gestos
que volaban en el alba
como raídas banderas.
(Una música triste,
desacompasada,
seguirá escuchándose
interminablemente.)

El escorzo transparente

Dejaste el escorzo
transparente
de tus piernas diseñadas
sobre mi pecho,
el fragor de tu peso
sobre mis ansias,
como si el mundo
fuera el oscuro temor
de no tenerte,
y en fin, sólo respirara
un críptico poema
en la posible ocupación
de tu olvido,
en el libro cerrado
inexistente
de los muertos.

Fuegos

¿Qué trampas nos tendió la vida?
¿Qué azar nos esperaba
tras las puertas del asombro?
¿Qué puentes no cruzamos
por temor a los ríos más oscuros?
¿Qué camino no anduvimos?
¿Qué sueños nos despertaban
entre un azoro imprevisible?
¿Qué fuegos lo quemaron todo? ◇

Zurelys López Amaya

Días y luces

Hoy vuelvo a recitar este nudo que tengo
esta paciencia tuya
como el duende que bautizó el desorden
un atardecer
como un vino de árboles y estrellas.
Todo lo soporta el ciego que camina doblado
el que tenía manía de amar a Noelvis
la tibia campesina de sus juegos
el callado concierto de la aurora
la fuente seductora debajo de la mesa
escondidos y extraños
debajo de la almohada como el único Oasis del desierto
el que sabía andar por el portal desde que amanecemos
donde el color se entona al miedo de la ausencia
y somos pocos.
Pasan dos fantasmas por las sillas
desnudos
como cuando salimos a la muerte
a la orilla del miedo
emigrando mis manos al sol como una esponja.
Hablo del ciego que camina doblado
llorando por Noelvis su canción
como el tiempo que trae a un niño en el colmo del pecho
como tú que me salvas
un astro susurrante y limpio en la ventana
jugando en la ensenada de mis muslos
transformando este cuerpo sin espejos en alfombras fugaces
en el aire que sube húmedo a la ropa.
Vuelvo de la Calzada de los inviernos
a recitar este mundo que sólo saben los duendes
y a disfrutar un poco las manías desde mi delgadez.
Pasan los eclipses tras el límpido asombro
como boga que fueron.
Ya no se ve el concierto que venía a dormir en la nítida
pared de mi escondite
a festejar mi sombra con tu piel a través de las luces
ya no se ve la fuente ni al ciempiés sacudiendo
lo ambiguo en la frazada
sino este largo cuarto de jueves
y tú de nuevo como un lagarto libre a la neblina
ordenando el jardín. ◇

Ángela de Mela

Agua viva

Ya he aparejado una lámpara para mi ungido
y el líquido avaro y displicente confía su retorno.

Pero le angustia el musgo
y el rostro ausente de la lejanía
y la rota confianza de la orilla.

Tanto padece el agua,
que cuando mansa la corriente torna
la superficie en su metal reflejo,
airón de pedestal tiene la ofrenda.

Y bien que pone en ella todo el cielo
y lo destila y lo añade
y lo duerme y lo reclina,
pero no es él y en vano
de todo queda ya, la aguja
de su sueño hasta la nube.

Y se marcha,
tanto padece el agua,
tanto es ella nostalgia.

Ella sola.

Que cómo poder cantar a mansalva de su espuma.

Bendita sea la roca, su prodigio de caracol,
su permanencia.

Pero del agua, viva la silueta escondida
gota a gota de su mágica sombra
cómo se tiene el cuerpo,
su pedestal de gracia,
su hito de noble fuga.

Cautivos como los arroyos en la tierra
y he aparejado una lámpara para mi ungido. ◇



Jueves

Da lo mismo que sea jueves.
Hace tiempo se probó la redondez de la Tierra.
El amor y yo nos jugamos la vida
con esta moneda de sólo dos caras.
Ha caído metro y medio de nieve.
No se ve un ave, no se oye.
Junto las manos, pero no me quedan palabras.
El frío ha tomado la mayor ventaja
y goza viéndome prisionero.
Yo no sé esquiar ni usar patines.
La moneda que lancé hace rato sigue en el aire.
Una llamada me aseguró que volviera a probar
que el verano estaba en camino, que sacudiera el polvo.
Los planetas del sistema son nueve con nombres romanos
pero el mío es judío y estoy aquí frotándome
pensando, leyendo la misma página sobre la falsedad
de los canales en Marte.
Los copos son azules, parecen bocas, flores, dedos
animales con sabiduría. Ellos me conocen y no se detienen.
El jueves puede ser medido por cinco partes
y en una está el cariño clavado por las alas.
Sin embargo lo más grande es saber que nadie me mira
que puedo caminar con un lápiz colgando de la nariz
que mañana será otro día.

II

Otro día será mañana
(el mismo rompiéndose contra las rocas).
Y calculados están la leche y el pan de mis perros.
A las seis de la tarde, como me fue enseñado
vendrá el sol lamentándose
vendrán la luna y los camiones.
Yo, el hombre azul, el hombre rojo, verde,
color pescado y rinoceronte, sé que mañana
será otro 21, 27, o 34. Qué importa
si volveré a verte meneando la cintura.
(La gente sólo habla de cerveza en la puerta de mi trabajo.
Tienen mis propios colores, mis propios argumentos,
mis propias hormigas.)
Suspiro hondo y me trago el espíritu de un animal
despedazado al filo de la acera.
El chofer no supo que era su padre y le pasó por encima.
El mundo es también un driver con su botella
debajo del asiento y su mulata contándole las peripecias del baile.
El amor y yo no paramos el juego.
La moneda no ha querido enseñarnos las caras.
Cuando cae vuelve a subir y se queda dormida. ◇

La casa

Dentro están las cosas en su sitio

las crestas
el azul
las heces apacibles

que el tiempo amontona en los retratos
en su ternura usada.

La flor silvestre también habita dentro

sin búcaro

sin meta

pasa tan innombrable como nunca
y ni yo la he salvado
como único jardín de nuestra hora.
El día se aleja siempre en lo alto del sillón
y después de la ventana quién sabe a dónde parte

a donde

huyen esos hilos presurosos
sin dejar puesto fijo
para esconder una caricia.

II

En casa se oye cuando tañe la marea
el sueño de las conchas.
Por los zurcidos entra el espejo
secular de los peces
y se posa en la quietud de las vasijas.
A bordo saben todos cómo cruje la lluvia.
Viene enfrentando espejos a la noche
para que apaguen su habitar los fantasmas

los monstruos confidentes.

III

La ciudad nació adentro.
Los balcones crecieron en los poros

las rudas

en la cojera exhausta de la mesa.
La paz de la ceniza
dejó su acorde mártir en los muros.

También el mar se sube a estas madrugadas
hojas y astros convergen en todas la semillas
en un sabor a nido sempiterno.

Ya no es igual el mundo debajo de este techo
ni en la ancha faz del surco sin embargo
nunca nos hemos ido. Todo funde
sus voces su cemento.

El dedo de otros jueces se posa en las violetas
y empezamos a odiarlo porque ahora
es urgente que todo esté en su sitio

el azar

la soledad

la primavera.

IV

Uno despierta aquí y está frente a su pan
pero el reloj da vísperas anuncia
la orilla providente.

No basta que estén quietos los cimientos
uno no aparta el plato

pero vomita el brillo la cordura
conque el deseo se vuelve un artefacto
la inutilidad de la luz estirando los peciolos
la torpe alternativa de salvar otro día.

No basta que el sol reine en la proa del sillón
la torpe alternativa de salvar otro día
o basta que el sol reine en la proa del sillón
hay radiactividad para la suerte
para los triunfos y los miedos recónditos
la calma y el desuso.

Uno despierta en cualquier lugar del tiempo
y está frente a su frío
frente a su propia y cotidiana infinidad
pero hoy anega el borde del crepúsculo
y hace esperar su tea

su lluvia

sus latidos

y trata de partir con cualquier hierro la ternura
para que dentro todo quede en su sitio
por si la flor furtiva sigue
creciendo entre el hollín
la costra
las grietas del olvido
y el jardín vuelve
otra vez
a nuestra casa. ◇

El brujo

El brujo mirando a todos y todos mirando al brujo.
Detrás del brujo las lanzas guardando las esperanzas
nuestras... del brujo!
El brujo señala al cielo y al cielo miramos todos;
y mientras nos examina, nos mueve a su antojo el brujo.
Él domina la tormenta, la acerca, detiene, aleja,
la injerta en todos los rostros...
luego la esfuma en el humo.
Ofrece la calma suave, perdona y promete alguno
de los frutos anhelados, de los prohibidos frutos;
sólo él tiene acceso a ellos,
sólo los entrega el brujo.

Mañana, mañana, ... nunca!
nos ha embelesado el brujo,
y seguimos fascinados su trazo en el aire, cuando
nos dibuja el firmamento sin estrellas y nos dice
que así es el cielo más puro.
Él hizo cortar las ramas de los árboles más duros
y armar con ellas la cerca que nos protege, muy juntos
miramos todos al centro para sentirnos seguros...

Y allá, en lo más profundo,
donde se recuerda el sol apenas,
damos las gracias a coro
al gran benefactor: ¡El brujo!
Del crepitar de la hoguera saca su Tótem el brujo;
es la verdad absoluta,
señora del horizonte que abarcan nuestra miradas
que llegan exactamente a los límites del mundo,
del mundo que él ha creado para que sea nuestro mundo.

Mas todos saben que miente; pero no hablan, ninguno
quita el ojo de las lanzas que asoman detrás del brujo.
Esperan todos, aguardan
algún instante oportuno
en que él se vuelva a sus lanzas
para trenzarlo con ellas
y recobrar las estrellas
quemando en su hoguera al brujo! ◇

Sobre un papel mis trenos

Ahora voy por las calles
y hay cosas sin regreso,
una paz de presagio
y miro en los columpios
un resto de neblina.
¿Alguien sabrá que estoy desamparada?
¿Alguien no me lo cree?
Como no pasa nadie,
nadie sabe que canto en esta habitación
sobre un papel mis trenos.
Como yo sé que llego, rota de bienvenidas,
iría a ver las cañas
donde los carreteros,
con el polvo en los ojos,
penetran al olvido.
Después me arrimaría muy lenta a las aralias
y cuando las señoras encendieran los cirios
buscaría la hamaca
donde se mecen solos
mi treno y mi recuerdo.

Libidine

Es este amor la desnudez de un grito
y un afán de locura el sexo abierto
que se entrega al sublime desconcierto.
Dulces palpitaciones de infinito.

Ah varón, desnudo yo te invito
a este asombro, tan mudo, que despierto.
Soy la llama que hallaste en el concierto
de este ardor en acordes ya descrito.

Es impulso vital el que desciende
de ti en torbellino y se desprende
y entre sábanas guardas sin testigo.

Ah varón, si te sorprendo sin prisa
con esa luz intensa que te avisa
cómo no irás a palpar conmigo. ◇



El grito

Es de buen gusto pasar inadvertida ante la noche.
Con esta piel que tengo, con este olor a un día seré,
pasar delante de los hombres y sus papalotes
sin que nadie se dé cuenta. Ni yo misma.
Uno trae un cascabel que nos descubre
pero un día, aunque sea, debemos guardar el cascabel
a ver qué pasa.
Llevarle a traición a los espejos
antes que preparen su trampa de siluetas.
Nadie nos va a regañar si rompemos los vasos,
Nadie rompió los vasos,
Nadie oyó a los enamorados decir: qué miedo.
Pero mucho cuidado a creernos los duendes
porque ellos sí existen, te pueden halar de los vestidos
y quedarte duende por los años de los años.
Entonces uno quiere seguir usando el cascabel
aunque guste de pasar inadvertida ante la noche.

Al margen del loco

Creó mis ventanas
y les puso un puente hacia el misterio.
Luego con mis ojos
hizo peces de música interior
peces amigos a sus manos
pues él era el pez infiel
lejos del agua.
Para el vientre trajo el mar y la yerba.
Yo elegí un número,
un día:
jueves como él.
Además,
trazó un gato en mi sombra un gato sin sentido
que seguro murió
de comerse alguna estrella.
Lo peor
fue que mi voz quedó en espejos.
Lo mejor
la voz sangrase en las espadas.
Al final
se apareció con un arco, una flecha
me condujo hasta el tiempo
oí cristales
dijo que iba a disparar al transeúnte
al ciego ciego, a las colmenas.
Yo supuse una galaxia en mi cabeza
y la manzana cayó
y en la pared los cuadros florecieron.

El amolador de tijeras

Mi tijera, la de cortar el juego temerario de los astros
anda mal de salud
y no quiere salir de la gaveta,
anda mal de sus ojos,
malo está su filo, tristísimo,
malo está su amor que ni en encajes pide aparecerse.
Óiganlo bien: mi tijera hace un mes
que no prueba sus tallos de costumbre,
que no ríe de mis manos mal pintadas.
Mi tijera es la novia
como esos cuentos donde los marineros besan y se van.
Y yo, mujer, la entiendo a colores.
Hasta me hago su amiga
y le recito versos de Zambrana.
Me hago su cómplice
y corto mis vestidos entre el fuego
o escribo cartas que una noche se acuestan con la muerte
en el lecho del mar.
Es que el amolador de tijeras
ya no pasa en las tardes como inventando un cisne
la vieja filarmónica en los labios
de quien recuerda a las olvidadas princesas de las casas.
Ya ven, mi tijera es una mujer que ama,
la comprendo.
Yo también de mujer padezco del sonido.
A mi abuela le sobran más palabras,
a mi madre el viento la hincha como una vela,
y la tijera se esconde,
se sostiene de su propia oscuridad,
la tijera no sale a cortar el llanto de algún pájaro,
a poner bien la luz, que sobra y cansa,
a poner bien el cero, que sobra y cansa,
Y el amolador de tijeras
quizás en otro barrio o quizás en otra luna,
con su piedra que salva,
sin mirar los jardines que adentro de los ojos,
que adentro de los dedos los jardines se salvan. ◇

Vendados

Existe el fuego, entregándole al fuego ideales, cabezas
luminosas.

Vendados los ojos entre el incienso en una torre de júbilo,
o vendados en el humo de los cementerios de papel.

Mi soprano en la cúspide intenta desvanecer la oscuridad
reinante,
es el peligro de una canción que no se puede ver:
"Moriré con ese sueño, moriré con ese sueño".

Estoy en medio de la gran ronda de vendados que por el
tacto de sus labios,
que por el olfato de sus muecas apenas saben que están
perdidos,
resbalan sobre madera ruidosa y piedra,
ríen como si conocieran el glamoroso encuentro.
Ah, mi soprano de ojos brillantes, es la negrura,
es la negrura...

Yo te quiero ver, yo no te quiero ver.

Nuestro olor de confección, masacrados en el fuego,
atizados por la madre,
y prosigue el murmullo de la llave que tropieza penetrando.

Me gusta influir, con tres dedos palpar flores, rostros;
mi cabeza, como si pudiera, se mueve consintiendo,
desaprobando.

No me quiten lo que nunca sabré.

Arponear

Hablar, disparan a dónde, habla ya de otra manera
rompeola;
siempre en un barco está el pescador que pesca erizos.
Arponear, arponear ballenas, pero ya eso es hablar.

Rellenar muñecos, almohadas, almas aunque me la estén
vaciando
es menos agradable que adornar.

Todos los cuerpos rompeolas, algunos de sal, de mar,
algunos en el vasto horizonte armando, desarmando,
buscando una cabeza lúcida, una cabeza negra, manos
con sortijas.

El pescador ya no es el mismo, nadie, es bello, es bueno,
juega en su tablero lustroso con erizos, callar
es distinto.

Tedio de no tener qué decir, morderse...
actor amable en la paciente pesca, actor sin lengua.

Cantó una vez: "Mañana, mañana."

Un reloj de arena es disparar, y la obstinación...
la obstinación roza el incomparable blanco.
Las ballenas huyen de las islas, del mundo también.
Traza su rumbo el arpón imaginario, una ballena
empieza a morir. ♦

